

**Si
Dios
existiera...**

**... entonces, la
"gracia" no es
como un artículo
de rebaja que
ofrece la iglesia**

Mientras escribo estas líneas es el tiempo de las grandes rebajas por fin de temporada. Los periódicos explicaban que por haber sido tan templado el invierno, habían quedado en los almacenes montones de productos textiles sin vender y que por eso estaban rebajados hasta un 85 por ciento.

Parece ocurrir algo similar con la gracia de Dios. ¿Para qué vale? No hay demanda.

De acuerdo, en siglos pasados muchas personas tenían un sentimiento de culpabilidad anormal, inculcado por una educación equivocada. Valgan como ejemplos Martín Lutero o Juan Newton, que escribió el himno «Gracia admirable». El sentimiento de culpabilidad de este último se puede comprender hasta cierto punto. Newton había estado involucrado en la trata de negros, había causado la muerte de muchas personas y como un animal se había revolcado en el fango de los pecados morales. De modo que es comprensible que cuanto más mayor se hiciera tuviera remordimientos y gimiera pidiendo misericordia.

Así, por lo menos, nos lo han explicado nuestros psicólogos, y puesto que lo han estudiado, tendrán razón ¿no?.

Lo que necesitamos es un coche nuevo, un puesto de trabajo, una vivienda. En el peor de los casos un juez clemente, si tenemos antecedentes penales. Pero ¿gracia?

No, para la gracia de Dios no hay hueco en el mercado: «No necesitamos un Dios clemente, sino que lo sea nuestro prójimo», han declarado ciertos teólogos durante algún tiempo.

Ernst Klassen, este predicador tan original, relató una vez lo que le ocurrió cuando estaba comprando en un supermercado. Mientras empujaba su carrito por los pasillos, vio a una señora que hacía promoción para una nueva sopa ofreciéndole a cada cliente una prueba. A pesar de sus palabras amables casi todos pasaban de largo. Finalmente, el predicador que lo había observado por algún tiempo, se acercó a ella y le dijo: «Usted tiene el mismo problema que yo —ofrece un regalo y nadie lo acepta, todos pasan de largo. Yo quiero probar su sopa.»

Y entonces le contó a esta asombrada señora, lo que él tenía para ofrecer en Jesucristo.

Cuando cuento esta historia en Rusia, los oyentes me miran incrédulos. ¿Cómo es posible que se ofrezcan alimentos gratuitos y que nadie los tome?

Algunos entienden por gracia una forma de acción benéfica que no le cuesta nada al dador, pero despierta la apariencia de generosidad.

Cuando yo era un niño de unos 10 o 12 años, había aún en mi ciudad natal bandas callejeras. Los chicos de las distintas calles vivían en un estado de guerra constante y uno no se atrevía a pisar a solas el territorio «enemigo».

Los combates callejeros consistían principalmente en peleas verbales, aunque siempre nos esforzábamos en presentarnos como furiosos y decididos a todo, y procurábamos ir armados hasta los dientes de palos, tiradores y explosivos que arrojaban mal olor.

Pero una vez, los «enemigos» de la calle Romanos lograron pillarme cuando venía solo de jugar al fútbol. A pesar de que quería pasar delante de ellos silbando e indiferente, aunque se me habían caído las alas, el jefe enemigo vino hacia mí, me empujó contra un árbol, me agarró del cuello y refunfuñó: «Bühne, ¡di piedad, di piedad!» Sin tener otra salida, al cabo de algún tiempo murmuré a regañadientes «piedad», a lo que mi enemigo, con altanería y la cabeza bien erguida, me soltó. Así puede ser la clemencia de los hombres.

Pero la gracia de Dios es completamente diferente. Es tan cara, que su Hijo Jesucristo tuvo que morir cruelmente, para que Dios pudiera ofrecer misericordia a los hombres, que hubieran merecido todo lo contrario.

Únicamente cuando he reconocido el juicio de Dios sobre mi vida, que mis mejores actos están impregnados de pecado y que mis supuestas buenas obras están motivadas por mi egoísmo, únicamente cuando ha quedado de manifiesto que todo lo que pongo en la balanza para ofrecerle algo a Dios, resulta demasiado ligero —entonces soy consciente de la necesidad de la gracia de Dios.

Sólo el que acepta como justa la sentencia de muerte puede presentar una solicitud de gracia.

Uno de los mayores predicadores del siglo pasado, C. H. Spurgeon, lo ha expresado así:

«El que ha estado delante de Dios —declarado culpable y condenado, con la soga en el cuello— ese llorará de alegría al recibir el perdón; odiará lo malo que le fue perdonado, y vivirá para la honra de su Salvador por cuya sangre fue limpiado.»

Después de la guerra, en el año 1948, sucedió en Corea una historia asombrosa, que después fue notoria en el mundo entero.

Era un período entonces de gran inestabilidad política. El pastor Son vivía con su familia en la ciudad de Soon-chun, que en otoño de 1948 fue conquistada y controlada durante algunos

días por los partisanos comunistas. Varios policías y hombres influyentes fueron fusilados directamente.

El odio de los comunistas a los cristianos era tan grande que finalmente ejecutaron a los dos hijos del pastor Son que profesaban claramente su fe en Cristo Jesús. Primero le vendaron los ojos al hijo mayor, Mateo, y cuando su hermano menor pidió morir en su lugar, también le fusilaron a él. «¡Matadle! ¡Es aún mucho peor que su hermano!» había gritado el líder estudiantil comunista.

Pero el alzamiento duró a penas una semana. Soldados del gobierno fueron enviados a Soon-chun y se cambiaron las tornas. Ahora perseguían y arrestaban a los que habían participado en el levantamiento. Entre ellos había un joven que había estado involucrado en el fusilamiento de los dos jóvenes creyentes. Sin demora debía pagar con su vida por ello.

El pastor Son oyó de la sentencia pronunciada contra el asesino de sus hijos.

¿Qué reacción esperaríamos en tal situación del padre de los asesinados?

Si él mismo hubiera matado al asesino, eso hubiese sido una expresión de venganza. En cierto modo se hubiese comprendido tal reacción.

La ejecución por los soldados del gobierno hubiese sido un acto de justicia. «Ojo por ojo, diente por diente...». Nuestra noción de justicia lo espera así.

Otra posibilidad que uno se puede imaginar en este caso, es que el padre hubiese intercedido en favor de transformar la pena de muerte en una sentencia de cadena perpetua. Eso hubiese sido nobleza de espíritu.

Pero el pastor Son reaccionó de manera completamente diferente. Mandó a su hija Raquel de 13 años y le ordenó ir lo más

rápido posible al lugar de ejecución para pronunciar allí una petición. Raquel corrió todo lo que pudo y le transmitió al oficial del pelotón un mensaje que conmovió a todos los presentes:

«Mi padre pide que no se quite la vida ni se pegue a la persona que ha matado a mis hermanos...», al pronunciar estas últimas palabras su voz temblaba. No pudo seguir hablando, porque se le agolparon las lágrimas. La otra petición del pastor era poder adoptar al asesino de sus hijos.

Le fue concedida su petición y el asesino Chai-sun fue adoptado por el padre de aquellos que había asesinado, y recibido en su familia.

Una historia difícil de creer, pero que ha ocurrido de verdad, y que trastorna todo nuestro sentimiento de justicia.

¡Eso fue gracia! No fue ningún artículo barato de rebaja, ninguna baratija. Fue un regalo a un asesino que hubiese merecido lo contrario.

Esta oportunidad increíble es precisamente la que Dios ofrece a cada persona. Todos, consciente o inconscientemente, hemos participado en la muerte de su hijo Jesucristo. En el Gólgota lo ejecutaron por nuestros pecados. Y ahora Dios nos quiere adoptar, recibirnos en su familia y hacernos sus herederos. ¡Esa es la gracia inconcebible de Dios!

Bob Dylan ha descrito de manera muy expresiva en una de sus canciones como él experimentó la gracia de Dios:

Salvo

*El diablo me tenía cegado,
arruinado, nada más nacer,
frío, muerto y bien muerto estaba,
cuando salí del seno de mi madre.
Pero me tocó Su gracia,
Su palabra me sanó,*

*me libró Su mano
y su Espíritu me selló.
¡Y soy salvo,
salvo por la sangre del Cordero!
Y soy feliz, tan feliz
que no puedo sino darte las gracias, Señor.*

*Nadie vino a salvarme,
nadie se atrevió.
Por poco me hundo para siempre,
pero por Su misericordia
quedé exento,
no por obras,
sino por fe en Aquel
que me llamó.
Tanto tiempo me han estorbado,
tanto tiempo me han frenado,
pero ¡soy salvo,
salvo por la sangre del Cordero!
Y soy feliz, tan feliz
que no puedo sino darte las gracias, Señor.*

Barrabás

Terminando con este tema, me gustaría contarles la historia de un terrorista. Su historia la menciona la Biblia en pocas palabras y yo quiero intentar contarla actualizada desde la perspectiva de hoy.

No hay nada que contar sobre su niñez y juventud. Es de suponer que relativamente temprano conoció a grupos extremistas de derechas que marcaron su vida posterior.

El caso es que pronto se asoció con los zelotes, un tipo de nacionalistas, que se habían conjurado para echar del país a los ocupantes enemigos, los romanos.

Tenía un odio desenfrenado contra esos extranjeros y contra todos los políticos judíos y líderes religiosos que pactaban con los romanos.

Para financiar su lucha de resistencia no vacilaba en robar y atracar, y sabía muy bien, en tiempo oportuno, incitar a la rebelión a los judíos impetuosos; esta, sin embargo, terminaba casi siempre en un baño de sangre provocado por los romanos.

Así se hizo notorio su nombre en Israel; temido por unos y admirado en secreto por otros.

Puesto que tenía la vida en un hilo —él sabía que tarde o temprano le arrestarían y ajusticiarían— no valoraba mucho su vida ni la de sus prójimos.

No vacilaba en tomar rehenes y matar, si el lo creía conveniente.

Su vida, pues, había dejado una estela de violencia y odio.

Si fue por traición o por ser sorprendido en alguna acción, no lo se, pero llegó el día X en que le prendieron. Y poco tiempo después le metieron en la celda oscura y maloliente de una cárcel.

Poco después le procesaron. No había mucho que negar, la cosa estaba clara, y no existía entonces la posibilidad de obtener alguna ventaja por denunciar algún cómplice suyo.

Su ejecución era segura; los romanos no se andaban con chiquitas en cuanto a los «terroristas».

Y para que escarmentaran los muchos judíos venidos de lejos a Jerusalén con motivo de la fiesta de la Pascua, habían fijado el día de la ejecución para el viernes santo. ¡Crucifixión!

Puede que, exteriormente, Barrabás hubiera querido aparentar ser impasible, sobre todo cuando le veían los romanos. Pero por las noches, probablemente, le asaltaría el terror, y un gran miedo al pensar en la crucifixión inminente.

Las malas condiciones de la prisión le alteraban los nervios y las horas pasaban inevitablemente. El día de su ejecución se iba acercando.

Los pensamientos se agolpaban en su cabeza y retrocedían al pasado, a su niñez, reflejaban sucesos, y se hacían cada vez más irresistibles y amargos.

Surgían preguntas, dudas y autoreproches: «¡Ah, si se pudiera volver a empezar otra vez!»

«¡Maldito el día en que nací! ¡O, si al menos, se pudiera anular el día en que se cambiaron mal las vías de mi vida!».

¿Era demasiado tarde para el arrepentimiento? ¿Estaba todo perdido?

No podía descargar en nada su rabia de estar en la cárcel.

Así, se reservaba todas sus agresiones para los pocos encuentros que tenía con los soldados romanos insensibles.

Y luego llegó la horrible última noche. Posiblemente les gritara a los carceleros cuando le preguntaron qué quería para la última comida. Les diría que esa maldita bazofia se la comieran ellos y que ojalá se atragantaran con ella. Aunque, en el fondo, le hubiese gustado comer por última vez su plato favorito.

Barrabás hubiera querido gritar de rabia, de autocompasión y de desesperación. ¡Qué corta era la vida! ¡Qué absurda!

Imposible impedir los recuerdos del pasado y poner orden al caos en su cabeza. ¡Qué tentador era pensar en suicidarse!

¿Qué le quedaba cuando amanecía y se acercaba la hora de su ejecución? ¿Apatía, indiferencia total, vacío, desesperación, rebelión? Su suerte estaba decidida, su vida concluida. —¿todo se acabó?

Entonces, de repente, el silencio matinal se interrumpió y se oyeron voces gritando a lo lejos.

Oyó claramente que dicen «¡Barrabás!» y luego las palabras «¡Crucifícale, crucifícale!»

¿Así le agradecía su patria lo que había hecho? ¿Habían acabado por aceptar el yugo odiado que los romanos les imponían? Le invadió la amargura cuando pensó cómo había expuesto su vida para librar a Israel.

El alboroto aumentó –había tensión en el aire– ¿vendrían sus compatriotas a pedir su muerte?

Empezó a haber movimiento en la cárcel. El típico retñir de las llaves y el eco abominable de los pasos del carcelero: ¡Clac, clac, clac...! le volvieron a la cruda realidad de su celda. Los pasos se acercaban y él sabía que había llegado su hora.

Y entonces se abrió su puerta y le comunicaron la noticia increíble: «Crucificarán a otro en tu lugar –Jesús de Nazaret. ¡Eres libre!»

No podía ser. ¿Estaba soñando? ¿Estaba ya tan loco en su cabeza que padecía alucinaciones?

Hasta que no le quitaron las cadenas y le devolvieron su viejo traje de combate, no asimiló lo que estaba ocurriendo. Y cuando, para remate, llegó el director para despedirlo personalmente y darle unos cuantos denarios «por haber trabajado en la cárcel» y le entregó los papeles que atestiguaban su puesta en libertad, supo que había ocurrido un milagro: ¡Era libre!

«¡Crucificarán a otro en tu lugar!», esas palabras no se le iban de su cabeza –una y otra vez. Como aturdido por su suerte inconcebible y aún algo confuso sin darse cuenta entró en el tumulto que llenaba las calles de Jerusalén.

En sus papeles de puesta en libertad ponía: «Perdonada la pena». Era libre, pero ¿quién era el otro que ahora ataban en su lugar? ¿Quién es, en realidad, ese Jesús de Nazaret?

Como de costumbre, sus pies le llevaron al lugar de encuentro acostumbrado. Él esperaba caras asombradas y llenas de sorpresa, pero no había nadie allí. Además, todo estaba ahora, de repente, tan extrañamente sereno en las calles de Jerusalén.

¿Estaría soñando?

El alboroto de la gente se había trasladado dirección al Gólgota y, de repente, Barrabás se percató de lo que estaba ocurriendo:

Gólgota –la pesadilla de todos los condenados. Allí se llevaban a cabo las ejecuciones. Siempre que se efectuaban, acudía medio Jerusalén para ver el espectáculo y salir un poco de la monotonía. Así que esa era la razón por la que no había nadie ahí.

Barrabás decidió ir allí por caminos clandestinos. No quería que nadie le viera, quien sabe, lo que se les podía ocurrir a los romanos si le veían. Pero las palabras «¡Crucificarán a otro en tu lugar! –Jesús de Nazaret», no se le iban de la cabeza.

Jesús de Nazaret –¿quién era ese hombre? ¿Era un criminal, que había cometido más fechorías aún que él? Le costaba creerlo, porque él se conocía bien en ese terreno.

Con precaución se acercó despacio y se asombró de la gran multitud que se había reunido allí. Oyó los martillazos que le llegaron hasta el alma. Pero, era extraño, no oyó ningún grito del atormentado.

Entonces vio como entre dos cruces levantaron una tercera. Se restregó los ojos, para verlo mejor, porque no daba fe a sus oídos, cuando oyó decir a este hombre en la cruz del medio: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

Barrabás no pestañeaba. El que estaba colgado de esa cruz, ¡era su sustituto! Él mismo, Barrabás, debía estar ahora allí crucificado. Y ahora moría allí alguien, rodeado de una multitud burlona, que, evidentemente, había hecho de este hombre el blanco de su odio.

Vio como los escribas olvidaban toda su dignidad y se inclinaban burlándose delante de él, a quien habían puesto una horrible y dolorosa corona de espinas en la cabeza y cuya cara estaba ensangrentada y llena de heridas.

«A otros salvó, y a sí mismo no se puede salvar», gritaban algunos de entre la multitud. «Si tu eres el rey de Israel, entonces desciende ahora de la cruz, y creeremos en ti», decían otros.

«Sálvate a ti mismo y a nosotros», gritó uno de los que estaban colgados con él. Barrabás le conocía de los encuentros secretos en tiempos pasados. Así que a él también le habían pillado. Ahora tenía que dañarla. A pesar de eso movilizaba sus últimas reservas de fuerzas para injuriar al hombre del centro. ¿Por qué razón?

Barrabás no aguantó más. Cuando pasó por allí una mujer que no parecía sospechosa, corrió detrás de ella y le preguntó por ese Jesús de Nazaret.

«Pero bueno, ¿vives en la luna o has estado en chirona, para que no te hayas enterado de que este es al que han crucificado en lugar de Barrabás?», le contestó en un tono burlón.

Ahora comprendió todo. El grito «¡Barrabás! que oyó por la mañana en la cárcel, fue para pedir que le pusieran a él en libertad y para este Jesús significó la ejecución. ¡Él muere en mi lugar!

Asombrado y extrañado observó como el otro crucificado se quedó pensativo y le dirigió unas palabras al otro criminal. Después oyó como le decía:

«Nosotros, a la verdad, recibimos lo que merecieron nuestros hechos; pero éste», y miró casi con reverencia al hombre del centro, «ningún mal hizo.»

Y entonces se dirigió directamente al hombre del centro: «Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino.»

«De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso», esa fue la respuesta asombrosa que el hombre en el centro le dio.

A Barrabás le temblaban las rodillas. Todo eso era demasiado a la vez. No podía comprender todo lo que estaba ocurriendo allí, pero una cosa sabía: Ahí moría uno que era inocente, en mi lugar y habiendo yo merecido esa muerte. ¡Moría por mí!

Se tiró al suelo y lloró como tantas veces lo había hecho en estos últimos días. Pero esta vez no de rabia o desesperación, sino por emoción y agradecimiento hacia aquel que era ejecutado en su lugar...

Así aproximadamente me imagino que serían las impresiones de Barrabás. Quizá haya actuado de otra manera totalmente diferente. Posiblemente se haya reído con desprecio del hombre en el centro, que se comportaba de una manera tan distinta a la suya, que no se rebelaba o protestaba. La Biblia no nos dice nada de lo que ha sido de la vida de Barrabás.

Pero, en el fondo, la historia del asesino Barrabás es la historia de muchos que se han encontrado con Jesús.

En mi vida también hubo un día en el que estuve ante esa cruz. En ese momento me di cuenta lo despreciable que tenía que ser mi vida ante los ojos de Dios, y el amor que tenía que tener el hombre de entre las dos cruces, para morir por un tipo tan embustero, corrompido e impío como era yo!

Entonces entendí lo que significa ser perdonado. Eso cambió mi vida.

Nunca olvidaré la campaña en una cárcel en Geldern que llevamos a cabo junto con una organización de ayuda a los presos. También participó Jan Vering, un cantante de espirituales religiosos, acompañado por el guitarrista Werner Hucks.

La última tarde yo había hablado sobre la cruz y la gracia de Dios. Los presos habían participado con atención y, de alguna

manera, estábamos todos impresionados por esa cruz del Gólgota y la gracia inconcebible de Dios.

Entonces, de repente, se levantó Jan Vering e interrumpió el silencio con una canción, y a más de uno de nosotros se nos llenaron los ojos de lágrimas:

*Gracia para el fuerte
que tiene el poder en sus manos,
y gracia para el débil
que es su víctima,
gracia para el necio
que ama el dinero por encima de todo,
gracia para el mundo.*

*Gracia para el burlador
que se ríe de todo,
y para el resignado
al que nada hace ya de reír,
gracia para el moribundo
que muere sin una fe que le sostenga,
gracia para el mundo.*

*Gracia para el muchacho
que muere como un perro en su uniforme,
y para aquel que a ese niño
metió en el traje militar,
gracia para el ayatolá
que cree que la guerra es santa,
gracia para el mundo.*

*Y gracia para mí mismo
que sé todo esto.
O, Señor, haz que mis manos actúen,
inflama mi corazón,
hazme vivir tu gracia
que me sostiene cerca de ti,
vivir la gracia en medio de este mundo.*

Si Dios realmente existiera...

En la capilla de esa prisión todos nos vimos como estando reunidos debajo de esa cruz del Gólgota: fuertes, débiles, codiciosos, burladores, resignados, moribundos, seducidos, seductores e hipócritas. Y para todos nosotros estaba vigente la oferta de la gracia de Dios.

No es una gracia barata, o un artículo de liquidación de escasa calidad, sino que es de valor infinito, comprada con los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios.

**Si
Dios
existiera...**

**...entonces decir
que la religión es
el "opio del
pueblo" es un
trágico error.**

¿Quién no conoce la tan célebre frase de Karl Marx?: «La religión es el anhelo de la criatura oprimida, el sentimiento de un mundo sin corazón, el espíritu de situaciones en las que está ausente el espíritu. Es el opio del pueblo... La religión es sólo el sol ilusorio que gira alrededor del hombre, mientras éste no gire alrededor de sí mismo.»

Marx compara la religión o la fe a una droga que se toma para huir de los problemas presentes a un mundo irreal. Define la religión como una forma de autoengaño.

Lenin lo expresó más claro todavía: «La religión es el opio del pueblo. Es como un aguardiente espiritual de mala calidad, con el que los esclavos del capital se embriagan para no ver más su rostro humano y sus exigencias de una vida más o menos digna de un ser humano».

Como una madre que da un «chupete» a su bebé que está llorando, para tranquilizarle, haciéndole creer que se ha saciado, califican la fe como una invención del hombre con la que él mismo se entrega a una ilusión engañando también a otros.

Es extraño, sin embargo, que después de 70 años de dictadura comunista, reine en los países del Este el caos económico, so-

cial, ecológico y moral; Y que, precisamente, allí la Biblia sea el libro más solicitado en los últimos años y el interés en las cosas de Dios y el cristianismo sea tan grande.

Nunca olvidaré como hace algunos años entré a la estación de trenes de Kiev y vi por encima de la ancha escalera que llevaba a los andenes una enorme estatua de Lenin, cosa corriente en las estaciones centrales de la antigua Unión Soviética. Esa figura, con el brazo derecho señalaba hacia la salida. Eso, seguramente, quería indicar que Lenin y sus doctrinas ofrecían la respuesta a todas las preguntas y problemas.

Mientras estaba mirando asombrado ese enorme Lenin y reflexionando sobre su mano extendida, vi, de repente, sobre la escalera al pie de esa figura, a una joven que había dejado su maleta en el suelo y que sin sentir vergüenza alguna abrió una Biblia editada para niños y empezó a leer en ella con interés.

Esta mujer fue para mí un símbolo de muchas personas en ese gran país, que después de años del chupete «comunismo» sienten que tienen un alma que tiene sed de Dios.

El psicoanalista Siegmund Freud definió la religión o la fe de manera semejante a Marx y Lenin:

«La religión es la tentativa de dominar el mundo de los sentidos en el que vivimos, por medio de un mundo deseado que hemos desarrollado en nosotros mismos a consecuencia de necesidades biológicas y psicológicas.»

Así que para Freud la fe también era un «chupete» que el hombre ha inventado para huir a un mundo ideal que no existe en la realidad.

¿Es la fe una fuerza imaginativa?

Hoy en día, incluso entre cristianos, está muy extendida la idea de que la fe es algo como una «fuerza espiritual» que hay que

desarrollar dentro de uno mismo. Se habla del poder del «pensamiento positivo», de «visualización», y se dice que basta con imaginarse las cosas de manera intensa y prolongada para que se hagan realidad. Según ellos, sólo hay que creer en uno mismo y activar las fuerzas espirituales dormidas.

De hecho, esta idea equivocada ha influido el pensamiento de muchas personas, también creyentes: La fe sería un sentimiento o una capacidad que desarrollamos por medio de la imaginación intensa y el ejercicio espiritual.

Algunos incluso intentan con tenacidad «producir» la fe a base de repetir constantemente confesiones de fe u oraciones, como si fueran un mantra.

¿Es la fe una vaga suposición?

Para la mayoría de nuestros contemporáneos, la palabra «creer» es expresión de una esperanza incierta o expectativa. «Creo que hará buen tiempo el fin de semana.»

Los políticos creen que han tocado fondo en cuanto a la crisis económica y que ahora la cosa irá a mejor. Los humanistas creen poder solucionar los problemas políticos mundiales de hoy por medio de la razón.

¿Es la fe algo que se espera, pero que no se sabe a ciencia cierta?

¿Comienza la fe donde termina la razón?

Esta es seguramente una de las ideas más descabelladas que se puede tener de la fe bíblica, porque sin la razón es imposible creer. Si al entrar en una iglesia leyéramos: «Se ruega entregar la razón en el guardarropas», ¿no tendríamos que esperar caer en manos de charlatanes o ser sometidos a un lavado de cerebro?

Pero cuando se trata de religiosidad, en efecto, en nuestro siglo tan ilustrado, hay muchas personas dispuestas a desconectar

su razón. Si se exigiera eso durante la conclusión de un negocio o la compra de un coche, estaría claro que pensaríamos que hay gato encerrado. Pero tratándose de la fe parece ser algo diferente.

Recuerdo a un buen conocido mío que en su búsqueda de la verdad se fue por un tiempo a Poona, en India, para conocer allí el Bhagvan y ser iluminado. Vio allí como el maestro celebraba sus oráculos mientras unos 500 oyentes permanecían en silencio absoluto sentados en una escalera de mármol abriéndose a las enseñanzas e inspiraciones de este hombre. En la entrada una placa decía: «Shoes and mind to be left outside the gate!» (Se ruega dejar fuera los zapatos y la mente).

Puedo asegurarle a usted que no hay tal instrucción en la Biblia. Todo lo contrario, en ella se nos insta a escuchar, entender, probar y reflexionar. La fe cristiana presupone determinados conocimientos. Por eso no es correcto hablar de una fe «ciega». Pablo, el gran apóstol, dijo: «Yo sé en quien he creído...» Así que la fe tiene que ver con la confianza en una persona.

En 1989, unos meses antes de la caída del muro en Berlín, volé por primera vez a la antigua Unión Soviética. Tuvimos que hacer trasbordo en Berlín, soportar los controles habituales y entrar luego en un avión de la Aeroflot, la compañía aérea nacional rusa.

Quién haya volado sólo con la Lufthansa, no podrá imaginarse el choque cultural que se siente cuando se está en un avión de esa categoría.

En primer lugar, era evidente que ese avión ruso llevaba en funcionamiento durante varias décadas. Luego, en el interior, la gente se apretujaba por el pasillo y las estrechas filas de asientos, cargada de toda clase de utensilios, ordenadores, aparatos eléctricos etc. El personal de a bordo, refunfuñando intentaba poner orden al caos. Finalmente, apretado como sardina en lata, me hallé sentado entre personas que parloteaban en alta voz y cuyo idioma no entendía, dándome cuenta que no había nor-

mas de seguridad y que el avión, probablemente, estaba totalmente sobrecargado. Las ruedas también estaban desgastadas al máximo y los motores hacían ruidos bastante sospechosos.

Pero entonces entró el piloto al avión, acompañado de dos oficiales, y la impresión que me dieron fue buena, me parecieron ser responsables, serios y sin ánimos de hacer de kamikaces. Así que me encomendé en sus manos un poco tranquilizado.

Pero ahora imagínese esta escena: El piloto entra al avión tambaleándose, con la nariz colorada y los ojos brillantes. Llevando en una mano un gorro de piel y meneando con la otra una botella de vodka, saluda a los pasajeros con las siguientes palabras: «Dobroje utro! Amigos, os aseguro que hoy tendremos un vuelo muy divertido de Berlín a Kiev, y os garantizo a todos -hijarana a bordo.»

¿Qué hubiera hecho yo en este caso? ¿Hubiese cerrado los ojos y murmurado a mi vecino: «La fe comienza donde termina la razón»? ¿Cree usted que hubiera confiado mi vida a un borracho?

No, hubiese abandonado ese inseguro vehículo como un relámpago y hubiese elegido antes la tierra de Berlín del Este que el aire soviético.

Desde luego, ¡la fe implica la razón!

«Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.»

Con estas palabras u otras parecidas, millones de personas de todas las razas dan testimonio de su fe cristiana cada domingo. ¿Significa eso automáticamente que son creyentes?

Muchos de ellos recitarán el credo de los apóstoles distraídos y maquinalmente. Profesan de memoria algo que interiormente no existe.

Pero habrá seguramente muchos que profesen estas palabras, profundamente convencidos y conscientes. ¿Es esto la fe bíblica?

Aunque creer que ciertos hechos son verdad es un requisito importante para la fe, eso, sin embargo, no es aún la fe misma.

Muchos creen en la existencia de Dios como creen que Bill Clinton es el Presidente de los Estados Unidos. Pero esa convicción no tiene ningún efecto sobre su vida.

Valga un ejemplo para mostrar lo que quiero decir:

A veces tengo problemas de ardor de estómago o demasiado ácido gástrico.

Entonces voy al farmacéutico y le cuento mis penas al buen hombre. El farmacéutico abre un cajón, saca una caja y me recomienda un determinado medicamento. Me explica cuantas pastillas debo tomar y a qué horas. Convencido por los argumentos del especialista compro las pastillas y salgo de la farmacia con la seguridad de que esa medicina me ayudará. Mi confesión es esta: Creo que estas pastillas ayudan contra el ardor de estómago. El prospecto dice: «Antiácido. Indicaciones: Tratamiento de hiperclorhidria sin dañar la membrana mucosa.»

¿Bastaría mi convicción para eliminar mis dolores? ¡Claro que no!

Supongamos que yo mismo fuera un experto, que supiera explicar la composición y modo de actuar del trisilicato de magnesio y pudiera dar conferencias sobre el mismo, ¿desaparecerían por ello mis indisposiciones del estómago? Con toda seguridad que no.

Usted mismo sabe lo que hay que hacer: Confiando en que el farmacéutico es experto en la materia y con la esperanza de que la firma productora no haya metido cianuro en lugar de la composición de magnesio, tengo que tomar estas pastillas y dejar

que se deshagan en la boca, para comprobar poco después una mejoría.

Al principio, pues, tengo que buscar la información, pero lo principal es después asimilar y aplicar en la práctica esos conocimientos; de lo contrario no podré tener la ayuda que necesito.

Ocurre lo mismo con la fe bíblica. El diagnóstico correcto de mi estado y la determinación exacta del único remedio no me ayudarán si no tomo ese remedio. Saber que necesito el perdón de mis pecados y que Dios ha cumplido las condiciones necesarias para el perdón por medio de la muerte sustitutoria de su Hijo Jesucristo no es suficiente, sino que tiene que haber un momento en mi vida en el que confíe en Dios, que me acoja a su palabra, acepte agradecido y me apropie su gran remedio.

La fe bíblica implica que acepte el diagnóstico y el remedio de Dios, que esté convencido de que él es y dice la verdad y que confíe plenamente que él cumple su promesa:

«El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.» (Juan 5:24)

Agustín, el conocido padre de la iglesia, Martín Lutero, el reformador, y muchos otros personajes conocidos y menos conocidos han arraigado su fe en los versículos importantes de Romanos 3:23-26:

«Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, ... con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús.»

Hace algunos años, mis hijos Miguel, Daniel, Juan y yo pasamos una semana de vacaciones en Frisia oriental. Nuestros amigos nos habían recomendado hacer una excursión a pie por

las marismas. Habíamos proyectado ir de Nessmersiel en barco a la isla de Baltrum y volver andando para conocer dichas marismas. La hoja informativa de nuestro guía aconsejaba llevar «ropa ligera, protección contra el sol y buenos zapatos».

Bueno, hubiese sido mejor llevarnos botas, un impermeable y el paraguas, porque cuando comenzamos nuestra caminata en Baltrum, empezó a llover. Hacía un día frío y desagradable. Encima, a los pocos minutos se levantó una niebla, de tal forma que al poco tiempo no veíamos ni la isla ni la tierra firme. Se levantó un viento violento que hizo entrar el agua en el cauce, de modo que tuvimos que vadear por el agua que en parte nos cubría hasta las caderas.

¿Quién nos podía garantizar que llegaríamos seguros a tierra firme? ¿No hubiese sido mejor, en esta situación, marchar por nuestra propia cuenta y seguir nuestro instinto, que confiar en un guía que no conocíamos?

No veíamos nada en absoluto y teníamos que tomar una decisión. Teníamos la posibilidad de confiar en nuestra suerte y nuestro sentido de orientación, o confiarnos a un hombre del que podíamos suponer que tenía experiencia y había pasado más de una vez por situaciones como esta y conocía el territorio. Naturalmente decidimos confiar nuestra vida al guía y seguirle a él, que llevaba brújula y mapa.

Unas horas más tarde, empapados y tiritando, pero agradecidos y enriquecidos por esta experiencia, pudimos pisar tierra firme.

La condición para llegar seguros a la meta fue creer a este hombre y confiar plenamente en él. Esa fue la decisión más razonable que pudimos tomar en esa situación.

En las preguntas fundamentales tan decisivas para nuestra vida, es como si estuviéramos en un denso banco de niebla, y necesitamos que se nos guíe. Podemos tomar la decisión: «Yo me las

arreglo sólo, quiero disponer yo mismo mi vida - ser dueño de mí mismo.» O podemos decidimos por seguir a Aquel que lo ve claro y ha dicho de sí mismo:

«Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.» (Juan 14:6)

Recuerde usted al malhechor crucificado que en sus últimas horas de vida reconoció que él mismo era un pecador y que ese Jesús el Nazareno, tan escarnecido, era el rey que tenía el futuro en sus manos. Muriendo se confió a él y obtuvo la promesa: «¡Hoy estarás conmigo en el paraíso!»

Este hombre puso su confianza en el despreciado y injusticiado Jesucristo y fue salvado. ¡Esa es la fe bíblica!

Hace más de 400 años, el catecismo de Heidelberg definió y expresó con toda claridad en una sola frase lo que es «la fe», mientras que yo he necesitado varias páginas para hacerlo:

Pregunta 21: ¿Qué es la fe verdadera?

«No es solamente un conocimiento cierto por el que creo que es verdad todo lo que Dios ha revelado en su palabra, sino una confianza en el corazón obrada en mí por el Espíritu Santo por medio del evangelio, de que la dádiva del perdón de los pecados, de justicia y bienaventuranza eternas, no sólo le son dadas gratuitamente a los demás, sino también a mí, por mera gracia y únicamente por los méritos de Cristo.»

La fe bíblica, sin embargo, requiere que haya renunciado a la fe en mí mismo. El orgullo del hombre es, trágicamente, el mayor impedimento para creer en Jesucristo.

Hace unas semanas leí en el periódico esta historia estremecedora:

Una familia de nueve personas padecía de una escasez de dinero crónica. A pesar de eso, Henry K., el padre de familia, recha-

zó toda ayuda ofrecida por los vecinos: «Ya encontraré una solución...»

Ya que Harry K. era empleado de Hacienda, su superior G., funcionario del Estado, también le ofreció ayuda, pero con la condición de que mostrara la lista de sus deudas.» A mi no me obliga nadie a revelar mis circunstancias más íntimas», fue la respuesta del padre de familia. Después de un altercado, inmediatamente, le suspendieron de sus funciones.

Harry K., sin embargo, siguió optimista en la mesa de tertulia: «No tenemos dinero para comprar pan; ¡pero pondré un remedio!»

El remedio consistió en que unos días más tarde los siete niños, la madre que había consentido en el crimen, y el autor del mismo, fueron encontrados en sus camas matados a tiros por Harry K.

Ese hombre prefirió morir como asesino y suicidándose antes que aceptar la ayuda de otros y con ello reconocer su desvalimiento.

Dios no exige ni más ni menos que admitamos y revelemos humildemente nuestra culpa y que reconozcamos nuestra incapacidad de apañárnoslas solos en nuestra vida. Hace mucho tiempo que Él ha preparado un remedio a nuestra miseria.

**Si
Dios
existiera...**

**... ¡entonces
tendríamos
que hacer las
cosas como
es debido!**

Al hombre de hoy le cuesta cada vez más tomar decisiones; esa, por lo menos, es mi impresión, que se hace más firme cuanto más conozco a los hombres.

Probablemente sean muchas las razones que han provocado esta actitud: El entorno y las circunstancias en las que vivimos actualmente nos acostumbran a la pasividad. Se reflexiona cada vez menos y a muchos se les ha embotado la mente. Una resignación paralizadora se ha generalizado y parece que la gente ya no cree posible que su vida pudiera cambiar radicalmente.

Normalmente, la gente joven tiene más facilidad para tomar decisiones y salir en busca de nuevos horizontes. Pero una vez pasada la primera mitad de la vida, la gente se conforma con su vida y se deja llevar. Cambiar de opiniones, volver a comenzar —eso parece incómodo y arriesgado.

A un fumador empedernido se le puede ilustrar y demostrar que la nicotina está arruinando su salud, que puede provocar el cáncer de pulmón y acortar su promedio de vida. Este fumador lo escuchará tranquilamente, probablemente moverá la cabeza en señal de aprobación, pero a continuación se encenderá otro cigarrillo.

Muy pocas personas están dispuestas a sacar consecuencias lógicas de sus experiencias y prefieren meter la cabeza en la arena antes que cambiar su vida.

Hace poco, un médico que trabaja en una sección de cáncer me contó que la mayoría de los pacientes, después de informados sobre la gravedad de su estado, consciente o inconscientemente suprimen esa información como si nunca hubiesen oído que están ya desahuciados por los médicos.

Cambiar de opiniones no es fácil y dar media vuelta es más difícil aún.

Una vez iba yo de camino a un campamento con mi furgoneta y un buen número de chicos conmigo. Todos íbamos muy contentos, cantando a toda voz y disfrutando del viaje. Hacía un sol espléndido y la furgoneta, cosa muy excepcional, iba como una seda, no había atascos en la carretera y todo estaba en orden. Hasta que, de pronto, me di cuenta que me había olvidado salir de la autopista para ir en dirección Hannover, y que nos encontrábamos de camino a Münster.

Es innecesario decir que en la próxima salida di la vuelta para ponerme otra vez en ruta. Hacer otra cosa hubiera sido absurdo, a pesar de nuestro buen humor, el viaje animado y el sol. Cada kilómetro de más en dirección equivocada nos hubiese alejado de nuestra meta, aunque hubiera muchos coches que fueran a Münster y los viajeros nos saludaran alegres al adelantarnos.

Mánfred Siebald tiene mucha razón cuando en una de sus canciones dice:

*«¿Qué cuadro torcido se colocará bien por mirarlo mucha gente?
¿Qué camino muerto se abrirá por andar muchos en él?
Me temo que no importa que estemos de acuerdo o no con lo que Dios
aprueba, no importa que sean muchos o pocos los que con nosotros
prefieran hacer lo que le desagrada.
Creo que lo que haga la mayoría no es lo que cuenta.»*

Sören Kierkegaard, el filósofo ya citado, lo ha descrito así en su lenguaje tan expresivo y magistral:

«Imagínate un gran barco, mayor quizá que los grandes barcos que existen ahora. Hay lugar para 1000 pasajeros y el mobiliario es de lo más bello y lujoso que uno se pueda imaginar. En el salón todos están alegres, y el más alegre es el capitán.

Pero en el horizonte se ve un punto blanco: ¡Será una noche horrible! Pero nadie ve ese punto blanco o sospecha lo que significa. Nadie, excepto uno que le ve y sabe lo que significa. Pero es un pasajero. No tiene el mando sobre el barco y no puede hacer nada.

Para hacer algo, no obstante, lo único que podía hacer, pide que se haga subir al capitán un momento a cubierta. Tarda un rato; por fin sube, pero no quiere saber nada y al instante vuelve bromeando a la bulliciosa fiesta alegre donde con júbilo brindan por él.

En su angustia, el pobre pasajero se atreve otra vez a molestar al capitán, llegando incluso a ser descortés, porque el punto blanco sigue ahí en el horizonte. ¡Será una noche horrible!

Es terrible que los mil pasajeros estuvieran tan despreocupados y tranquilos; es terrible que el capitán no quisiera saber nada del peligro, pero más terrible aún es que el único que lo veía y que sabía lo que iba a ocurrir... era un pasajero.»

Kierkegaard utilizó este ejemplo hace 150 años para una determinada situación en Dinamarca, pero creo que también está muy acertado para nosotros hoy.

Si Dios realmente existe y la Biblia es la Palabra de Dios y su mensaje para nosotros —de lo cual estoy plenamente convencido— entonces en el horizonte de nuestro siglo que está llegando a su fin, también se ve un «punto blanco», y yo le digo a usted que vendrá una noche horrible.

La Biblia habla claro del juicio de Dios y del hecho de que cada persona deberá comparecer ante Dios para dar cuentas de la vida que Él le ha confiado.

El apóstol Pablo terminó su famoso discurso ante los filósofos en el Areópago de Atenas con estas palabras:

«Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos.» (Hechos 17:30-31)

La mayoría de los oyentes de entonces reaccionó burlándose de él. Algunos quisieron conocer más detalles, y sólo unos cuantos sacaron la consecuencia de lo que oyeron y tomaron la única decisión correcta.

Si usted ha seguido estos razonamientos hasta aquí, puede reaccionar de varias maneras. Puede extrañarse con una sonrisa compasiva, de que haya todavía personas tan retrasadas como para creer en Dios y confiar en la Biblia.

También podría ser que tuviera interés en saber más sobre Dios y su modo de ver las cosas, y que se proponga volver a leer la Biblia. Eso sería una decisión justa y razonable.

Quizás, por su conciencia, esté usted de acuerdo con lo que he intentado explicar. Entonces será importante dar pasos concretos y buscar conscientemente el contacto con Dios, hacer las cosas como Dios manda.

Hable usted con Dios sobre su vida, su culpa y su impiedad pasada. Quizás le parezca extraño hablar con alguien que no puede ver. Imaginar que el Creador y Sustentador del universo, del que la Biblia dice que conoce todas las estrellas por su nombre, también me conoce a mí personalmente y se interesa por mi vida, parece estar más allá de nuestro horizonte. Y, sin

embargo, no deja de ser verdad por ello, aunque con mi pequeña mente no lo pueda comprender.

Quiero animarle a que hable con Dios también sobre sus preguntas y dudas, con franqueza. Pídale que le ayude a comprender. No se trata de que formule palabras bonitas y escogidas, sino de hablar sinceramente con Dios.

Y si puede creerlo, entonces déle las gracias a Dios por que en lugar de usted juzgó a su Hijo Jesucristo en el Gólgota pagando con ello su culpa ante Dios, habiendo expiado así su pecado.

Sé por mi propia experiencia que no es fácil hablar por primera vez con Dios, abrirse a una cosa que hasta entonces era desconocida. Pero atrevase a dar ese paso, láncese.

Recuerdo bien como a la edad de unos 11 años yo sabía dar algunas brazadas nadando, pero aún no me había atrevido a saltar nunca al agua. No podía comprender que se pudiera saltar al agua profunda y a pesar de las leyes de la gravedad volver a salir a la superficie.

Veía con qué naturalidad mis amigos saltaban al agua emergiendo a los pocos instantes y haciéndome señas. Finalmente me puse en el trampolín y me asomé lleno de miedo a la profundidad desconocida. ¿Sobreviviré, si salto al agua?

Pero cuando, además, aparecieron las primeras chicas de mi clase y se quedaron mirando como estaba temblando en el trampolín a la altura vertiginosa de 50 cm por encima del nivel del agua, y empezaron a reírse y cuchichear, cerré los ojos y con el heroísmo de la desesperación salté al agua. Y ¡cáscaras! a los pocos segundos mi cabeza había salido del agua y yo había hecho una experiencia que me quitó todo el miedo que le tenía al agua.

Quizá esté usted a punto de dar un «salto» parecido, en lo que se refiere a su regreso a Dios. Posiblemente conozca usted a

personas que han osado dar ese «salto» y testifican que es posible encontrar a Dios. Todo suena tan sencillo, y, sin embargo, es tan difícil cuando se está a punto de hacerlo.

Usted se encuentra en el trampolín, si seguimos con esta comparación, y tiene temor de dar este paso a lo desconocido. Me gustaría darle un «empujoncito» para que «cayera al agua». Pero sé que nadie debe hacer eso y que Dios no obliga a nadie. Él le deja a usted la posibilidad de bajar del «trampolín» y aplazar ese salto o incluso abstenerse de hacerlo. Dios quiere relacionarse amorosamente con los hombres, y el amor no se puede obtener por la fuerza.

Sólo puedo animarle a que se atreva a dar ese paso, y le aseguro por mi propia experiencia y la de muchas personas de diferente edad y nivel de cultura, que se puede confiar plenamente en las promesas de Dios. ¡Él cumple lo que promete!

Por último quiero recordar la mayor catástrofe marítima de la historia —el naufragio del Titanic— el cual, creo, puede ser símbolo de nuestra vida.

El 10 de abril de 1912 salió de Southampton el que era entonces el barco más grande del mundo, para batir el récord de la travesía del Atlántico y llegar lo antes posible a Nueva York.

A bordo de este gigante de los mares con la altura de un edificio de once pisos había 2.200 personas. Entre ellas numerosos emigrantes que iban en tercera clase y querían comenzar una nueva vida en América. En segunda clase iban los hombres de negocio y en primera se hospedaban algunos notables que pertenecían a los más ricos del mundo.

Equipado con toda clase de lujos y provisto de víveres suficientes para alimentar una ciudad pequeña durante varios meses, este soberbio barco moderno y calificado de insumergible emprendió su viaje.

Este transatlántico no llevaba ni cohetes luminosos de emergencia, por pensar que eran superfluos, ni suficiente cantidad de botes salvavidas. La seguridad del barco y el conocido y experimentado capitán Smith eran garantía suficiente para una travesía sin preocupaciones. Una orquesta se encargaba del buen ambiente. Para divertirse y distraerse había múltiples posibilidades de juego, deporte y baile.

A 400 millas marinas de Terranova, el Titanic recibió 7 mensajes radiotelegráficos de otros barcos que avisaban de la presencia de masas de hielo flotantes. Pero no se hizo caso de ninguno. El último provenía de un barco que estaba encerrado por el hielo a sólo 19 millas al norte del Titanic. Fue tan fuerte e insistente el aviso que dio, que el radiotelegrafista enfadado respondió: «¡Cállate ya de una vez, que tengo mucho que hacer!»

Pocas horas después, a las 23.40 h, ocurrió lo que ninguno creía posible: un iceberg colisionó con el Titanic abriéndole una gran vía de agua. Mientras que en los salones la gente seguía jugando y bebiendo, sólo el capitán y el constructor del barco, después una rápida inspección, se dieron cuenta de lo inminente de la catástrofe.

A partir de las 0.15 h los radiotelegrafistas enviaron desesperadamente mensajes de socorro al barco más próximo, pero el telegrafista de allí había apagado su aparato y se había acostado.

Entonces el capitán Smith dio la orden de enviar la nueva señal internacional de petición de auxilio, SOS, «save our souls». A los pasajeros se les dió instrucciones de ponerse los chalecos salvavidas.

Los pocos botes salvavidas los llenaron de mujeres y niños y los bajaron al mar, mientras que los marineros pistola en mano, tuvieron que cuidar de que no surgiera el pánico y entraran hombres no autorizados en esos botes. Algunos millonarios ofrecieron un millón de dólares, otros toda su fortuna por una plaza

en un bote, a lo que los pasajeros de tercera clase replicaron con una risa burlona.

Mientras el Titanic se inclinaba ya de manera preocupante, la orquesta todavía seguía tocando un boogie-woogie. Pero entonces el director de la orquesta tomó por última vez la batuta e hizo tocar a los músicos el himno «Más cerca, oh Dios, de ti, más cerca, sí...» Muchos, conmovidos y estremecidos, se pusieron a cantar el himno con la orquesta, otros oraban, otros se pusieron a maldecir y hacer bromas sarcásticas.

Un Lord inglés apareció con su mejor traje de etiqueta acompañado de su mayordomo, pues quería partir de la vida lo más noble posible. Una mujer mayor se negó a entrar en el bote porque quería morir junto con su marido.

Algunos irrumpieron en la cantina y se emborracharon, y otros se prepararon para suicidarse. Los pocos que seguían creyendo que se trataba de una maniobra de entrenamiento, perdieron esa esperanza cuando por los altavoces se oyó la voz del capitán diciendo: «¡El barco se hunde! ¡Tripulación y oficiales, quedáis despedidos de vuestro servicio! ¡Habéis cumplido con vuestra obligación, habéis actuado como buenos británicos! ¡Sálvese quien pueda! ¡Dios os acompañe!»

A las 2 de la madrugada aproximadamente, la popa del barco se volvió a levantar en alto por unos minutos para luego hundirse definitivamente para siempre.

El «Carpathia», que acudió inmediatamente en auxilio, pudo salvar a 706 personas, 1.503 murieron.

Nuestra vida es semejante al último viaje del Titanic. Vamos de camino seguros de nosotros mismos, despreocupados, orgullosos y llenos de planes. Hay muchas posibilidades de esparcimiento y diversión, y está lejos de nosotros pensar en los peligros, porque nos creemos Titanes invencibles.

No hacemos caso de los avisos, que lo que hacen más que nada es irritarnos, cuando insisten tanto y nos crispan los nervios con esas noticias negativas.

Dios nos manda mensajes de aviso para hacernos ver el «punto blanco» en el horizonte. Pero, como los radiotelegrafistas del Titanic, reaccionamos enfadados: «¡Cállate ya de una vez, que tengo mucho que hacer!»

Luego viene la gran conmoción. Primero intentamos suprimir las terribles sospechas, hasta que nos obligan a reconocer los hechos: Estamos irremediabilmente perdidos, incapaces de ayudarnos nosotros mismos. Dependemos de una ayuda exterior.

Es superflua la pregunta «¿Cómo puede Dios permitir que ocurra todo esto?» Hay que tomar una decisión, porque no se trata ya de especulaciones filosóficas, sino que es una cuestión de vida o muerte.

Con drogas y alcohol se puede huir a un mundo ilusorio. Se puede poner fin a la propia vida. Se puede intentar enfrentarse a lo inevitable honorablemente con corbata y sombrero de copa.

O, por lo contrario, se puede por primera vez pensar en Dios y la eternidad y comenzar a exclamar en la angustia:

«¡S.O.S! ¡Save our Souls!»

Así como esa llamada de auxilio no desapareció en la inmensidad del espacio, sino que fue oída por otro barco y originó operaciones de salvamento, esta oración hoy tampoco rebotará del techo de nuestra habitación. Dios lleva mucho tiempo esperando oír su grito de socorro para poder enviar un «bote salvavidas».

«Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.» (Romanos 10:13)

«¿Qué aprovechará al hombre,
si ganare todo el mundo,
y él mismo se perdiere?
¿De qué le aprovechará ganar el tiempo
y lo que pertenece al tiempo,
si rompiere con el Eterno?
¿De qué le aprovechará
si con la brisa de la aclamación
y admiración recorriere el mundo a toda vela,
si naufraga en la costa de la eternidad?
¿De qué le aprovechará al enfermo imaginarse,
lo que todos creen, es decir,
que está sano, si el médico dice:
¡Está enfermo!»

Sören Kierkegaard